Alain Borer

Un señor Rimbaud que se decía negociante

Rimbaud en Harar
en 1883

De la incontable bibliografía que René Etiemble ha reunido en su libro Le mythe Rimbaud, *la aventura emprendida por Alain Borer (Vesoul, 1948) es la más próxima al concepto vida-obra y a la afirmación del otro Rimbaud, explorado por las más recientes lecturas rimbaudianas. Aventura iniciada cuando Borer tenía 27 años de edad, los mismos de Rimbaud cuando llegó a Harar el 31 de diciembre de 1880, la obsesión de este joven escritor, poeta y cineasta lo condujo, primero, a la filmación en 1976 de la película* Le voleur de feu. *Posteriormente aparecieron los libros donde da testimonio de sus exploraciones y sus hallazgos:* Rimbaud en Abyssinie *(1984),* Un sieur Rimbaud, se disant négociant... *(1984);* Rimbaud, I'heure de la fuite *(1991). Además de innumerables programas de radio y diversos trabajos interdisciplinarios, vertió al francés y prologó la biografía ya clásica* Arthur Rimbaud *de Enid Starkie. Los presentes constituyen los dos últimos capítulos de* Rimbaud en Abisinia, *recién publicado por el Fondo de Cultura Económica, en espléndida traducción del poeta Tomás Segovia. Aquí se reproducen por cortesía de los editores.*

El rey Menelik.
Fotografía de Paul Buffet

EGIPTO

A Nina Glaser

Yo sé por qué a lo lejos volvió a abrirse el volcán,
Es que con un pie ágil tú lo tocaste ayer,
Y súbitas cenizas cubren el horizonte.

Gérard de Nerval

En la cumbre de la larga avenida principal de Addis-Abeba, silenciosa y fría en la noche, durante el toque de queda, se acumulan las cajas metálicas del material, que se encienden con los primeros fulgores del alba. El sol está ya alto en el cielo cuando el avión deja el suelo etiope. Soy de los que no pueden quitar los ojos de este país, de los que quisieran retenerse en él con la mirada. Un instante soy ese pastor inmóvil, allá muy abajo, que se empequeñece y ve al Boeing describir en su cielo siempre azul una curva de adiós.

Inimaginable relieve etiope: abismos de un verde intenso, inmensos deslaves, mesetas desequilibradas. Los grandes hongos petrificados del Sudán, que tachonan la sabana, forman mojones geológicos entre Etiopía y el desierto, plano y de un rosa caqui.

La aeromoza de la TWA es tan seductora (¿hermana de Nastassia Kinski?) que todas las cabezas salen de las butacas y se asoman en el pasillo a su paso. El micrófono de a bordo informa de la filmación a los viajeros, etiopes en su mayoría, que se arrodillan al revés en sus asientos. Con los proyectores encendidos, los cables enmarañados, el avión se transforma pronto en un estudio de las Buttes-Chaumont. Filmamos el "prólogo" y, a pesar de una tonelada de sueño en los párpados, tengo que decir a mi compañero de viaje, que me interroga fuera de cuadro, *adónde* me dirijo, "a Etiopía", debo responder: impresión de regresar allá cuando huye uno de ella a 800 kilómetros por hora, apacible mentira del cine –*y por qué*–, todavía añoro la respuesta.

Baja un ala: Khartum. Girando con los meandros del Nilo, el avión desciende hacia la arena, en el confluente del Nilo Azul y del Nilo Blanco. Desde la plataforma del avión donde sopla el cierzo, una hora deseando el Sudán.

Entre Khartum y El Cairo, filmamos el "epílogo" –bastó con cambiar de butaca–, la secuencia "regreso de Etiopía", y tengo que decir, esta vez, lo que "traigo" de ese país... Pero,

Traducción de Tomás Segovia

al separar las cortinas *beige* de la ventanilla, veo de pronto Egipto: desde el cielo, se ve que Egipto no es más que un río, el más largo de este continente, seguido por dos franjas paralelas de verdor y una carretera negra rectilínea: Egipto, decía Heródoto, *don* del Nilo. A un lado y otro, hasta perderse de vista, la luna.

We shall land in a few minutes. Al aterrizar, los pasajeros aplauden a la tripulación, como en los tiempos heroicos de la aviación. ¿A dónde nos conduce la camioneta Renault, coronada con las letras *"follow me"*? En la mitad del mes de diciembre, todo el mundo lleva camiseta y gafas negras. En el *hall* fresco del aeropuerto de El Cairo-Al Maza, un músico de mala muerte destila "tico tico...". Detrás de las ventanillas, unos funcionarios de grandes ojos intercambian dólares contra libras egipcias, anchos billetes de banco gastados, blandos como hojas de filodendro.

Como la mayor parte de la población egipcia se concentra en el Delta, una marea humana obstruye el aeropuerto, como en un eterno entierro de Um Kalsum. Solo en ese gentío, veo, con sentimientos mezclados, despegar, muy cerca, el avión que repatria a mis compañeros.

Después de Heliópolis –lujo, calma–, se cruzan los suburbios sobrepoblados de El Cairo, con sus grandes edificios pardos entre los minaretes. La primera frase de Gérard de Nerval a su llegada a El Cairo fue para las mujeres: "El Cairo es la ciudad de Levante donde las mujeres siguen yendo más herméticamente veladas"; hoy, sus rostros desaparecen menos a menudo que en Adén o en Harar tras el *shador;* van en su mayor parte vestidas a la europea, y engordan después de los cuarenta años... Más numerosos en la calle, los hombres, vestidos con el *djellabah,* o el *gandurah,* el *battle-dress* o el *bubú* azul desierto, o también con el traje parisino para "cuadros" del jeque, parecen llegados de todos los horizontes de Oriente hacia la ciudad protegida, "la madre del mundo", Al Kahira "la victoriosa", y pasan, ruidosos y atareados, delante de un gran Ramsés de sonrisa inmóvil.

Hay que llegar desde el sur para visitar El Cairo. Llegando de Europa cree uno encontrar las Indias. Pero subiendo desde el África negra o del sur de los desiertos, se tiene la impresión de un regreso a Europa, de subir en el paquebote que fascinaba a Bardey. Tal fue ya el sentimiento de Rimbaud, al llegar a la ciudad fatimita: "La vida es a la europea y bastante cara", escribía el 23 de agosto de 1887, instalado en... el hotel de Europa. Taxis sin taxímetro, camiones aullantes, autobuses atiborrados tomados al asalto en las calles –un camello acuclillado en la plataforma de una camioneta– se precipitan, indiferentes a las luces rojas del jerife. En la noche, la cacofonía incesante de la ciudad, la pululación de sus multitudes persiguen al paseante que sigue indolentemente, desde los grandes puentes del Nilo, la danza pesada de los cúteres, de las falucas y de las casas flotantes iluminadas en las orillas del río.

Los vidrios color café oscuro de los altos edificios modernos reflejan sin embargo imágenes que no cambian: esos mercaderes que discuten delante de sus tiendas, sentados en asientos de madera islámicos, cincelados e incrustados de falsos marfiles y falsos nácares, fumando el narguile y el *shibuk* y

Collage de Alain Borer

bebiendo café, amasando las gruesas cuentas de ámbar de un enorme rosario; alientan al extranjero a aventurarse en los *khans* y los *suks,* inmenso dédalo de callejuelas animadas y lodosas, idénticas también a las representaciones de los orientalistas, donde la música lánguida, azucarada, gime en cada puesto, donde los olores impregnan barrios enteros según las corporaciones: el *suk* de las especias, el *suk* de las azucareras, el de los carboneros, de las telas, del cuero, de los cobres, de los muebles "arabescos" o de los metales; el bazar de los platos decorados, el de trastos viejos, cubiertos de caligrafía mameluki; el *suk* de los fabricantes de antigüedades... –y por todas partes la muchedumbre con que se roza uno y que le atropella, una muchedumbre que parece más densa aún después de las estepas de Abisinia. Al caer la noche, en la extraña dulzura de un salón donde se reposa uno, extraviado, bebiendo té perfumado, un antiquísimo salón verde y malva, de pilares incrustados de vidriería, de espejos rajados, de candiles venecianos chispeantes, y que no podrá uno volver a encontrar en el interior del *suk,* a través del humo apenas disipado por el gran ventilador, veo, sin esfuerzo de imaginación, pasar por las callejuelas oscuras la silueta delgada y nerviosa de Arthur Rimbaud, de regreso de África Oriental, con sus "aires turbios", el cabello corto y gris, el pequeño bigote flavescente,

el rostro estragado; esa "facha extraña" que había observado Savouré: "siempre con el hombro izquierdo lejos por delante del derecho"; su traje de hilo blanco y, estirado sobre las caderas, el cinturón con los ocho kilos de oro. Fatigado y desamparado, "muy debilitado", se escabulle en el gentío claudicando ligeramente, debido a las callejuelas tortuosas, a su pesado cinturón, y a los dolores que siente en los riñones, en la rodilla, en el hombro y en los muslos, después de su penosa expedición a Choa. ¿Qué viene a hacer en Egipto? "Monsieur Rimbaud se dirige a Egipto para descansar un poco de sus largas fatigas", escribe Alexandre Merciniez, ante quien había sido conducido por los carabineros por no poder, según la fórmula extraña salvo desde el punto de vista jurídico, "probar su identidad". Era en Massauah, donde desembarcaba el 5 de agosto, procedente de Adén con Djami, para cobrar una letra de cinco mil *táleros* contra un comerciante italiano, el señor Lucardi, y otra de 2.500 *táleros* contra un negociante indio. Después de breves escalas en Suakim y Suez, donde había conocido al vicecónsul de Francia, Lucien Labosse, había llegado a El Cairo hacia el 20 de agosto. Fallecidos sus colegas Savouré y Labatut, desligado de todo contrato con los hermanos Bardey, desde octubre de 1885, Rimbaud vagabundea por El Cairo, en la independencia recobrada, en la marcha sin rumbo aparente y la libertad de nuevo confundidas, reafirmadas: "estoy demasiado acostumbrado a la vida errante y gratuita"; "estoy acostumbrado a la vida libre".

De nuevo todo es posible, pero la desesperación acecha. Huyendo de los acreedores de Labatut, esforzándose por olvidar sus malaventuras, viene a rehacerse, como suele decirse –rehacerse una salud, y la fortuna que se le ha escapado. Busca trabajo más que descanso, esboza según su costumbre proyectos en todas direcciones. Deposita su dinero en la agencia local del Crédit Lyonnais, por seis meses. Se presenta al marqués de Grimaldi Régusse a quien Merciniez, para compensar su error de Massauah, lo ha recomendado como "un francés muy honorable". Piensa en fabricar material de guerra para Menelik. Planea dirigirse a Siria para importar mulas a Choa. Busca, en vano, el apoyo de un negociante francés para importar la goma del Sudán. Propone, por si acaso, sus servicios a Bardey.

Después de una aventura uno necesita escribir. Jules Borelli, el explorador, le ha dicho que vaya a ver –cosa que hace inmediatamente después de su llegada– a su hermano Octave Borelli Bey, rico abogado de El Cairo y colaborador del *Bosphore Égyptien*, importante diario cairota de lengua francesa. Bajo la forma de una carta al director del periódico, Émile Barrière Bey, Rimbaud redacta de un tirón su relato de viaje por Abisinia, que aparece de inmediato, los días 25 y 27 de agosto. Hay que representarse a Rimbaud que compra él mismo en las calles de El Cairo *Le Bosphore Égyptien* que reproduce su artículo; y le sucede por primera vez realizar un amado deseo de adolescencia: *leerse*, por todas partes, durante dos días, bajo esa forma, Arthur Rimbaud por fin nombrado en la muchedumbre sin nombre. Su larga carta al director del *Bosphore Égyptien* reanuda los lazos con el espíritu de aventura y de observación histórica y geográfica del *Informe sobre Ogadín*, redactado en 1883. El estilo no ha perdido nada de su vigor ni de su rigor, aunque Rimbaud había escrito apenas tres breves notas desde hacía un año. Él que había quemado *Una temporada en el infierno*, y que recorría el mundo con la certidumbre de no ser leído jamás, cree de repente, durante una semana de verano en Egipto, salir adelante gracias a la escritura. Pide a la escritura una segunda oportunidad. Escribe entonces cada día a su familia. Se pone por fin en contacto con el señor Maunoir, para conseguir una misión de la Sociedad de Geografía, recomendado por Bardey. Le cuenta a Bardey las 18 etapas de su expedición –y éste transmite, como sin duda se esperaba, ese informe a los geógrafos parisinos: el testimonio de Rimbaud será reimpreso en la "Minuta de las sesiones" del 4 de noviembre de 1887. Después, habiendo recobrado un momento su confianza en una capacidad sabida y callada, Rimbaud redacta esos artículos que envía a los diarios franceses, y que no aparecerán.

Ninguno de esos proyectos tuvo continuación, o más bien Rimbaud no prosiguió ninguno. El secretario de la Sociedad de Geografía le contestó declarándose "muy dispuesto a ayudarle", pero Rimbaud, una vez más, dejaba escapar su oportunidad. Al regreso de Egipto, se siente en él una pérdida de ambición. Si hubo alguna vez dos Rimbaud, fue en Harar: después del rompimiento de Egipto viene el de 1888-1891, el detallista febril entrevisto en el mercado de Harar que renuncia a cualquier otro viaje y a cualquier otro escrito, resignado a enriquecerse lentamente, *tálero* a *tálero*, el que va a morir. Soñados en El Cairo, los artículos o las esperanzas de publicaciones científicas, único plano de conciencia de la escritura, no fueron más que una llamarada de ambición, el último regreso de la escritura en el país del escriba acuclillado –con el puño cerrado, y que ha perdido su pincel. "No le fue dado el sueño de una suprema belleza de actitud", escribirá en El Cairo Gabriel Bounoure. "Lo que le esperaba era una rueda de fealdades y de torturas –punto del mundo en el que coinciden su querer y su fatalidad." Ese periódico donde Rimbaud ha publicado y que conserva consigo, mientras se pasea por la ciudad de las mil mezquitas con su artículo doblado en el bolsillo señala el final de una tentativa de volver a ligarse con la prosa cotidiana –renuncia anterior que había exigido ya la poesía–, el final de un deseo ya debilitado en la prosa, para desaparecer, misteriosamente, entre los jeroglíficos. Fue la última semana.

Acaba de doblar la esquina de la callejuela. Me precipito; nadie; el *suk* es el que acabo de dejar hace un instante. Me encuentro con el señor Petitfils, que lo seguía discretamente de lejos, y que también lo ha perdido. Cubierto con su sombrero de fieltro negro, disimulado detrás de *L'Orient le Jour*, me susurra: "Se sabe poco de su paso por El Cairo." Rimbaud o el arte de despistar a sus biógrafos. Intercambiamos nuestras informaciones. Habiendo llegado a El Cairo el 20 de agosto, escribe una carta al día hasta el 26; a partir de ese día su correspondencia se interrumpe súbitamente, en la evocación de su "vida libre". La carta siguiente está fechada en Adén el 8 de octubre. ¿Dónde estuvo durante esas cinco semanas? Había dejado, el 23 de agosto, una dirección bastante bella: "Arthur Rimbaud, *poste restante*, en El Cairo (Egipto)" –y la última carta del 26 indica "en El Cairo hasta fines de septiembre". Es la dirección habitual del "viajante considerable", el

que no hace más que pasar, que está de salida. Antoine Adam, extraviado también él en este dédalo, pretende que "se quedó cinco semanas en El Cairo". Me parece poco verosímil. El asunto de los cartuchos Remington que Rimbaud quería fabricar no tuvo continuación, y no corresponde con su naturaleza el quedarse cinco semanas en el mismo lugar ("aquí[...] se queda uno demasiado sedentario", dice ya el 24 de agosto), sobre todo durante ese periodo de inestabilidad y de ocio febril; el martes escribe: "he pensado que dos o tres meses aquí me repondrían", y el miércoles su estancia queda reducida a tres semanas... "Me voy"; "No se va uno". Y además, más que nunca, se siente incapaz de restablecer los lazos con la vida "civilizada". Y encima Egipto parecía atravesar uno de esos largos "periodos intermediarios" que han interrumpido sus cinco mil años de civilización. "No me quedaré mucho tiempo aquí: no tengo empleo y todo es demasiado caro." "... la vida de aquí me aburre y cuesta demasiado", repite Rimbaud, que experimentaba a su vez la decepción de Nerval: "¿qué esperar de este laberinto sonoro cruzado con paneles publicitarios sobre lámina ondulada, de estos palacios y de estas mezquitas que se cuentan por millares? Todo esto ha sido espléndido y maravilloso, pero 30 generaciones han pasado por aquí; por todas partes la piedra se desmorona, y la madera se pudre." "No me quedaré aquí", escribe una vez más, que huye de "los calores espantosos este año en el mar Rojo: todo el tiempo de 50 a 60 grados". No por ello puede privarse de sol; pero Amon-Ra, el dios supremo que animó los templos más grandes del mundo no penetra en El Cairo de sombríos edificios, donde la noche cae pronto en las callejuelas ahumadas y polvorientas; es preciso salir de la ciudad por arriba, ir a buscar el sol en la cumbre de la ciudadela construida donde se elevaba antaño la cúpula del Aire. Finalmente, Rimbaud es de los que mueren si están privados de libertad, como los okapis: "no puedo ya quedarme aquí, porque estoy acostumbrado a la vida libre..." Y El Cairo no es precisamente una ciudad reposada, sino la ciudad de la interrupción y del encierro; el extranjero está allí constantemente acosado, como por los bribones de El Cairo de *Las mil y una noches*, desviado de su camino por los mercaderes que le cogen del brazo; una ciudad de la que parece además que no puede uno salir, atrapado en la noria de los taxis que vuelven a llevarle a uno siempre a la plaza central... Ni rastro. ¿Adónde ha ido pues? ¿A Adén? No habrá vuelto en seguida a esa estufa de donde acaba de salir. ¿A Siria? Su proyecto de una raza superior de mulas de silla se reanudará en diciembre, como lo indica la asombrosa carta al vizconde de Petiteville, especie de barón de Petdechèvre real. Piensa también en China, en Japón.

Caravana en Choa. Fotografía de Paul Buffet

Un indicio, sin embargo: Rimbaud, habiendo situado su dinero en el Crédit Lyonnais, suplica a su madre que le preste 500 francos –"No te he pedido nada desde hace siete años"–, a fin de tomar el barco del 15 de septiembre hacia Zanzíbar; pero, puesto que pospondrá una vez más ese viaje de octubre a noviembre, no es pues necesario que se encuentre en El Cairo el 15 de septiembre y, deslastrado de su pesado cinturón, Rimbaud queda libre para partir.

¡Sudan! Se leía en *Le Bosphore Égyptien* del 22 de agosto: "Monsieur Arthur Rimbaud, viajero y comerciante francés en Choa, ha llegado a Egipto hace varios días. Creemos saber que Monsieur Rimbaud no prolongará su estancia aquí y que toma medidas para dirigirse a Sudán." Es lo que les confirmaba a los suyos al día siguiente: "Forzosamente, tendré que volverme del lado de Sudán..." Relato posible de una desaparición: Rimbaud remonta el Nilo hasta la primera catarata, luego atraviesa el "reino de los espíritus". Llegará a Khartum durante el mes de septiembre. No encontrando "nada que hacer", ante el bloqueo de Sudán del que hablará en octubre, vuelve a ganar la costa, directamente al este; de paso por Massauah, regala un ejemplar del *Bosphore Égyptien* a Merci-

niez, que le había recomendado, y luego regresa a Adén, desde donde da las gracias a su madre el 8 de octubre por el dinero que había recibido –y que habrá conseguido reciba por medio del consulado... Sin embargo...

¿Sudán? Hace allí demasiado calor, y no ha encontrado en El Cairo un solo comerciante francés que le aconseje o le acompañe; el viaje es demasiado largo para su presupuesto disponible, y demasiado rápido para sus fuerzas tan estragadas; sobre todo, es ciertamente Egipto lo que le atrae; pero es sin duda la única dirección verosímil. Y así, a lo largo de los muelles, siguiendo con los ojos a los lentos barcos del Nilo, viendo luego desfilar los de Rimbaud... el vapor *General Paoli* de Livorno, el *Prinz van Oranje* hacia Batavia, el *Wandering Chiel* de regreso de Java, o el *Amazone* que repatria al moribundo, persigo al fugitivo que abandona El Cairo para remontar el Nilo (en tres semanas ida y vuelta por lo menos, como Chateaubriand), hasta la firma RIMBAUD de Luxor, hasta el valle de los Reyes.

Una noche de aquellos años, en el Cabaret du Chat-Noir, se había oído a Verlaine soltar misteriosamente: "Partió hacia los Egiptos..." Todos los caminos, Viena o Chipre, le llevaban hacia el Oriente, y en efecto había partido, muy pronto ya en sueños, hacia Egipto, se encuentra en un texto del cuaderno de sus diez años; un sueño que pudo alimentar, devorando las bibliotecas, con el *Itinerario de París a Jerusalem* de Chateaubriand, el *Viaje a Oriente* de Flaubert (1849-1851), el de Nerval, cuya edición definitiva apareció en 1850, o con Théophile Gautier que, al compilar a Champollion o a Du Camp para su *Novela de la momia*, publicada por Hachette en 1858, había *visto* el Egipto de los faraones antes de visitar los templos sepultados en 1869. "En esta plaza me aburro / Obelisco descabalado." Al pasar en la plaza de la Concordia ante el obelisco elevado por la burguesa monarquía de Orleans "ante los aplausos de un pueblo inmenso", pudo sentir esa "Nostalgia de obelisco" de *Esmaltes y camafeos* y desear ver a su "hermano" que quedó solo en Tebas. "Es en Oriente donde debemos buscar el romanticismo supremo", exclamaba Friedrich Schlegel a principios de siglo, y Rimbaud encuentra allí todos sus temas fundamentales. Egipto esconde los secretos del origen, como si el pensamiento hubiera nacido con esos gigantes alzados en el horizonte del tiempo. En el reino del saber sagrado, en la unidad de la religión, de las artes y de las ciencias, las palabras tenían el poder de dar la vida (el signo *ank* grabado al lado de Nefertiti le garantizaba la vida eterna) y de retirarla (el nombre de Hachepsout raspado en todos los templos para hacerla desaparecer). ¡Y después del impulso romántico, la ciencia! Las prodigiosas obras de la *Descripción de Egipto*, fundadoras de la egiptología, habían revelado esa civilización a la ciencia, esforzándose por describirlo y descifrarlo todo –hasta el punto de que el espíritu enciclopédico alcanzaba a la poesía; así Lefébure, que intentó en vano arrastrar a Mallarmé, abandonaba la poesía por la egiptología. A los 24 años, Rimbaud partía ya en esa dirección: Marsella y Alejandría sostienen un diálogo de responsos en sus idas y venidas. Al desembarcar en Alejandría en noviembre de 1878, se había quedado unos días en Egipto –"un pasaje para Egipto se paga en oro"–, y luego intentaba volver a partir hacia Oriente en el invierno de 1879, se embarcaba de nuevo hacia Alejandría en marzo de 1880 –"No he encontrado nada que hacer en Egipto y he vuelto a partir hacia Chipre"–, y era una vez más hacia Alejandría hacia donde volvía a zarpar en julio de 1880. En Harar, al final de ese mismo año, pudo evocar sus pasos por Egipto, reavivar sus proyectos al conversar con el emir de la ciudad o con los oficiales de la guarnición egipcia de Harar, que hablaban el francés, pensar una vez más en lo imposible –quedarse fijo en el ideal, como Germain Nouveau que le escribirá, en su "carta-fantasma" de Argel a Adén, en 1893, su intención de regresar a establecerse allá: "he pensado en Egipto, donde viví ya varios meses hace siete años". Pero, a fuerza de pensar en él y pasar por él, Egipto le parece al poeta o al viajero un sueño no alcanzado, el país que está siempre más acá o más allá. Rimbaud prefiere el infierno de Adén, la Abisinia bárbara al Egipto poblado por todos los dioses, imperio de los 350 faraones hijos del dios Sol, de Akenatón que inventa el monoteísmo, el país atravesado por Moisés y por Jesús "...cuando los dioses vuelven a traerle a Egipto...", le escribirá más tarde el vicecónsul de Francia en Suez: ninguno de esos dioses habrá guiado nunca a Rimbaud cuando, moribundo en su cuarto de hospital, el clima de Marsella despierte en él añoranza de Egipto.

Desde El Cairo es imposible no sentir la presencia de las pirámides de Gizeh como el Himalaya desde Katmandú. Cuando Chateubriand se entusiasma al percibirlas a más de 10 leguas, cuando Flaubert lanza al galope su caballo en su dirección, Rimbaud, como millones de no-iniciados en los misterios de Menfis, las vio, triángulos acerados hacia el sol poniente, ligeras como tiendas pardas en el lindero del desierto de Libia, crecer y subir poderosamente en el cielo a medida que se acerca uno a ellas. Delante de Keops, Kefrén o Micerino, toda desconfianza se desmorona: ningún monumento del mundo se impone hasta ese punto por sí mismo. Esos millones de bloques de varias toneladas, como otros tantos siglos imbricados, dominan la agitación de las épocas, aplastan la obsesión del tiempo en cada individuo, lo espantan y lo apaciguan. "Parece que mantienen lo que escapa y lo que muere", escribe Bataille. Ni montañas naturales ni monumentos humanos, alcanzan, por la perfección secreta de sus medidas, la pureza abstracta, el absoluto. Antes de las pirámides, no hay nada. El Horizonte, la Grande y la Suprema se alzan al comienzo de todo, y para siempre. Pesadas e inmateriales, aseguran la presencia del cielo ilimitado en la tierra, la gloria, el orgullo, la voluntad de adquirir la inmortalidad y el poder eterno; siguen siendo, más que las tumbas, más que el nombre de los faraones transformado en piedra, un lugar de paso a la eternidad.

Rimbaud, entre los jóvenes *fellahs* y los camellos enjaezados, bajo ese mismo olor de excremento de caballo que flota debajo de las pirámides, intentó escalar los 146 metros de Keops, como lo había hecho Bardey, que seguramente se lo contó, izado por dos árabes y empujado por otros dos, cantando al unísino el versículo que termina con ese refrán antiguo, *Eleyson*; como lo habían hecho Flaubert, que posó para la foto en la cúspide de Keops, y Nerval, que compartió su comida en la plataforma aérea con un oficial prusiano; o bien visitó el inte-

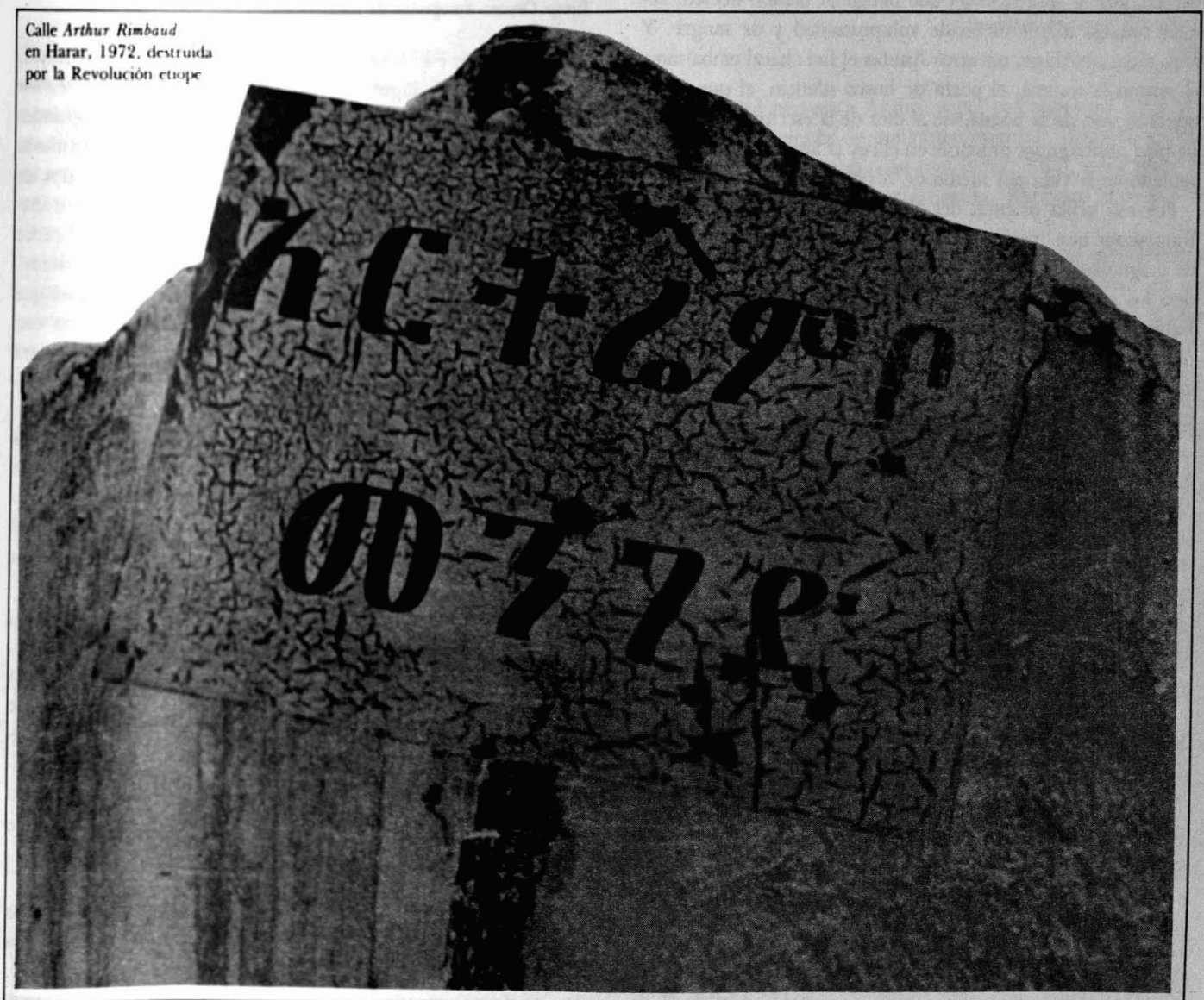
rior, con antorchas, hasta el sarcófago de la cámara del rey, avanzando como Flaubert a cuatro patas por los corredores.

Se detuvo delante de la esfinge, enarenada en aquella época hasta las orejas, impasible. La guardiana gigantesca de las pirámides, a cuyos pies Rilke pasó una noche, no es la esfinge que los griegos redujeron del enigma a la adivinanza, sino un dios que impera en lo azul y mira a la muerte de frente.

El sol cuya energía captan las pirámides en su cúspide, desaparece cada noche entre ellas, en sus colores eternamente diferentes; y avanza poco a poco entre las ruinas, en el silencio y la soledad providenciales de una tarde ocre y dorada, con largos coágulos violetas. No lejos, en el valle verde oscuro y plateado del Nilo, los borriquillos de siempre mordisquean el trigo, el campesino saca agua con un *shaduf*, repitiendo los gestos milenarios. Siguiendo con los ojos la línea de horizonte recortada por las dunas rojizas por donde huye un caballo, los minaretes de El Cairo, las chalanas que pasan a lo lejos, y esos mechones de palmeras como en una caja de dátiles, mi mirada regresa circularmente a las *mastabas*, a los túmulos más inquietantes a la sombra maciza de las pirámides. Un *drogman* me hace penetrar, con la cabeza por delante, en una tumba subterránea, una cripta estrecha y fresca como un tendedero. Frota un fósforo: en el sarcófago, bajo mis ojos, una momia reseca. Más lejos, se acuclilla delante de una estela oscura, enciende un periódico –*Al Arham*– que lanza entre las rejas –y se iluminan un instante, ante mí, las hijas del sol.

Entonces remonté el Nilo siempre río arriba. El Nilo es tan bello como el Libro de los Muertos. Al desembarcar en Karnak, entre las falucas de velas latinas casi inmóviles en la niebla rosa, delante de la cadena libia alzada contra un cielo sin olas, de un azul fulgurante que puede matar a los hombre y a las plantas, la larga cadena árida con sus relieves extraños en los que creo percibir por todas partes rostros –en la ribera oeste, del lado de los muertos donde se enconde el Valle de los Reyes, por fin siento venir el *don*.

Y, como en Etiopía, me es dado ver lo que vio Rimbaud: mientras tantos escritores han hablado de Egipto sin haberlo visto, Rimbaud, en septiembre de 1887, habrá visto sin hablar de ella la Tebaida, capital de las cien puertas cantada en la *Iliada;* habrá deambulado en el "bosque" de las 134 columnas gigantes de la gran sala hipóstila considerada entre las Maravillas del Mundo, pasando entre las dos estatuas colosales de granito rosa del faraón, de las que una representa a Ramsés en



Calle *Arthur Rimbaud* en Harar, 1972, destruida por la Revolución etíope

marcha, con un pie adelantado y los brazos pegados a lo largo del cuerpo, y la otra inmóvil, en posición osiriana, con los brazos cruzados sobre el pecho y lo puños en los hombros –el faraón y su doble, radiante en la vida y la muerte.

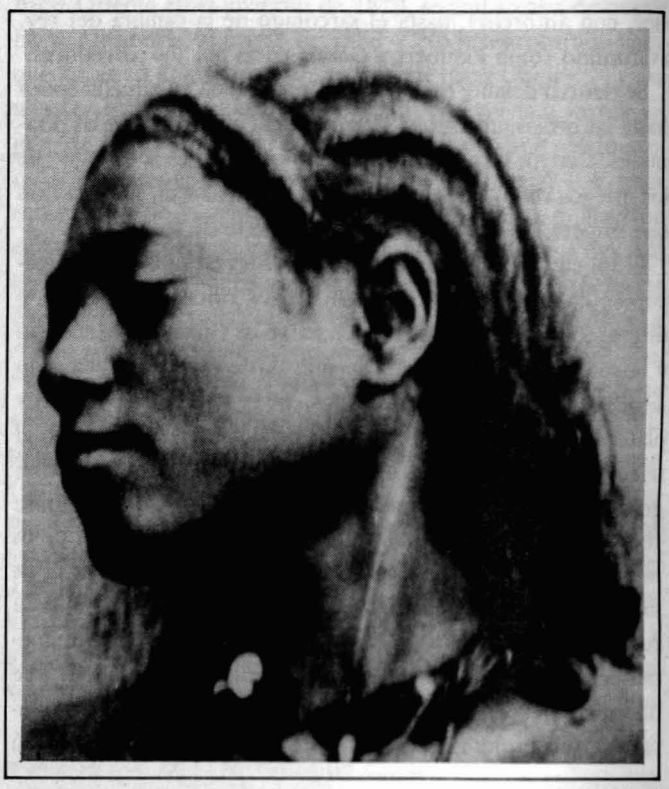
A caballo se fue por el Valle de los Reyes. Entre esas montañas calcinadas, en un desfiladero abrupto, descendió por los pozos de la entrada a esos hipogeos cuyos dédalos se hunden profundamente bajo tierra, descenso al más allá según las 12 horas de la noche hasta volver a encontrar, delante de los sarcófagos superpuestos, el cielo azul oscuro estrellado, la eternidad en el techo de las tumbas subterráneas.

Entonces, aquel que creía que "esta vida es la única" vio animarse los bajorrelieves en los templos del alma, Osiris, el dios verde, con la cabeza cubierta por el *pshent* faraónico, sostenía cruzados sobre su pecho la llave de vida y el látigo mágico; Nut, cuyo inmenso cuerpo inclinado, que figura la bóveda celeste, engloba al mundo; los dioses de cabeza animal, dios del hocico puntiagudo, diosagata, Horus de plumaje dorado, Tueris, la comadrona-hipopótamo, Shekmet de cabeza de leona coronada con el disco de la luna como un espejo de metal empañado, diosa insaciada de abrazos inciertos, que parece, por la sonrisa cruel que pliega su pesado hocico, rumiar todavía algún sueño de voluptuosidad y de sangre. Y ante cada sarcófago, mientras Anubis el fiel chacal embalsama él mismo la momia, el poeta de hosco silencio, el que se ha operado vivo de la poesía, vio al dios de la escritura, Thot ibis de pico puntiagudo, practicar en el rey la apertura de la boca, soplándole la vida por medio de la palabra.

Por esa orilla oriental del Nilo, erró entre las ruinas del Rameseum que inspiraron a Shelley, invadidas de mimosas, de magnolias, de daturas, ruinas perfumadas donde se esconden los pájaros en el templo dislocado de Ramsés II que hubiera querido que la Historia comenzase con él, faraón hoy despedazado cuya cabeza gigantesca rodó a la sombra de un sicomoro, el viejo árbol sagrado de corteza amarga sobre el que Thot inscribía sus cartelas de eternidad.

No lejos de allí, en Medinet Habú, pudo experimentar ese sentimiento de inseguridad que se acrecienta con los monumentos de los faraones que querían el propio más grande que los precedentes, a través de una locura de otros propíleos, de otras salas fúnebres donde las sombras de los reyes de doble corona venían a asistir a sus fastuosos aniversarios, delante de esas filas de faraones osiriacos cuyos pies se hunden en las tinieblas, los *uraeus* que se alzan por todas partes, ondulando y con el cuello hinchado por un veneno divino.

Luego, al regreso se cruzó con los colosos de Memnón detrás de un trigal, sentados plácidamente al borde de la carretera, Amenofis III dos veces representado, con las manos sobre las rodillas y el rostro ausente, con el *pshent* semejante a la *cufié* de los pastores; pudo leer las inscripciones de los poetas griegos y romanos que venían a escuchar cantar a los colosos, cuando el viento del desierto se deslizaba por una ligera hendidura en su torso y la piedra empezaba a calentarse bajo los primeros rayos del sol; y el joven solitario de los desiertos africanos, buscador de oro, de reposo o de olvido, habrá pensado



Pareja Oromo. Fotografías de Jules Borelli

cabalgando en ese desierto majestuoso del Valle de los Reyes, que sobrepasa en lúgubre grandeza al Valle de Josafat, en los tesoros sepultados bajo la tierra y las piedras por esos grandes conquistadores, los "soles" de África y de Asia, los Tutmosis, los Sesostris, el gran Ramsés nonagenario, que, velados por los dioses, descendían con sus prodigiosos botines a las entrañas de la tierra para "miles y miles de años felices", identificados al dios Sol, Amón, como Tutankamón, Imagen-Viviente-del-Dios-Sol, que duerme todavía insospechado; y aquel que quería ser "hijo del Sol" habrá pensado en la fuerza con que había soñado antaño, la de un artista divino que hubiera sido, como en Egipto, "el-que-da-la-vida".

Finalmente, trasponiendo la avenida de las esfinges mutiladas con cabeza de carnero amonitas que llevaban de un templo de Amón al otro, de Luxor a Karnak, sin duda grabó él mismo sobre la piedra ese nombre, RIMBAUD, que se ve al fondo del último santuario, como Byron en Cabo Sunión, rastro de un paso aquí y más allá gran firma solitaria, último jeroglífico.

En el muro oeste de la sala del nacimiento de Amenofis III, la firma se encuentra a una altura de 2.8 m aproximadamente, en letras mayúsculas, y el sol de mediodía que la ilumina la deja sobre todas las demás inscripciones. Vean los pies de pájaros esculpidos antaño por el artista egipcio: fue probablemente el signatario el que los prolongó en un abrazo horizontal, subrayando su inscripción con un signo de párrafo aéreo, enfático o irrisorio; o, dándose alas e identificándose pájaro, con el dios egipcio.

¿A qué responde el deseo de escribir el propio nombre en esos monumentos? ¿A una secreta llamada de los templos? Sin duda al deseo de eternidad inscrito ya en cada transeúnte anónimo, a un deseo arquetípico de estar nombrado allí para siempre.

"Una página de historia no se borra", dice una famosa inscripción de la isla de Filae. En suma, con los soldados o la misión científica de Bonaparte firmando en Karnak, los innumerables martilleos coptos, los poetas latinos y griegos, las firmas del emperador Adriano y de su mujer Sabina –esos grandes *globe-trotters* de la Antigüedad–, es la humanidad entera la que firma Egipto, como su libro de oro. Sin interrupción, Egipto fue ese gran palimpsesto: durante cuatro mil años, los faraones mismos recargaban las cartelas de su predecesores, hasta tal punto que las últimas dinastías excavaban sus signos para que no pudiesen ya ser borrados, y que puede hundirse en ellos la mano entera, leerlos por penetración. Y es el propio Egipto el que se hace ilegible. Lo que es eterno en Egipto no serían los templos, desmantelados, sino las firmas, el deseo de inscripción.

Por eso, ante ese nombre que se me presenta en las ruinas, cuando el desarenamiento nos coloca en una nueva profundidad del templo como un descenso por los estratos del tiempo, me basta pensar, bajo el sol poniente, cuando la sombra se lleva la inscripción, que es posible leer aquí un rastro del paso de Arthur Rimbaud, inspirado por el "genio del lugar", "ese poder particular que toma tal lugar sobre el espíritu". Por la escritura, el nombre del hombre que fue queda mezclado, en Egipto, con la paz, el sol, la eternidad y el secreto, en la identidad reencontrada. Porque no se podrá descifrar jamás, esa firma es *justa* –como enigma de Rimbaud. En el país del nacimiento de la escritura, está escrito que permanezca en silencio, entre tantos signos indescifrables, el nombre de aquel que creyó en el poder del lenguaje y después se retiró de él. Delante de esa inscripción es donde se acaba mi viaje. No iré más allá de ese término solar. Me basta con haber encontrado un rastro, lejos de las Ardenas, sobre un piedra milenaria, tan evidente e indeciso como un paso en la nieve.

IDA

Y Van Gogh perdió allí mil veranos.
Artaud

Rimbaud regresa a Arabia, sigue con todas las luces apagadas. Después de ese rastro eventual, firma su correspondencia a toda prisa, con tres letras, RBD, perdiendo las vocales, con el aliento entrecortado, Rimbaud seco y consonántico.

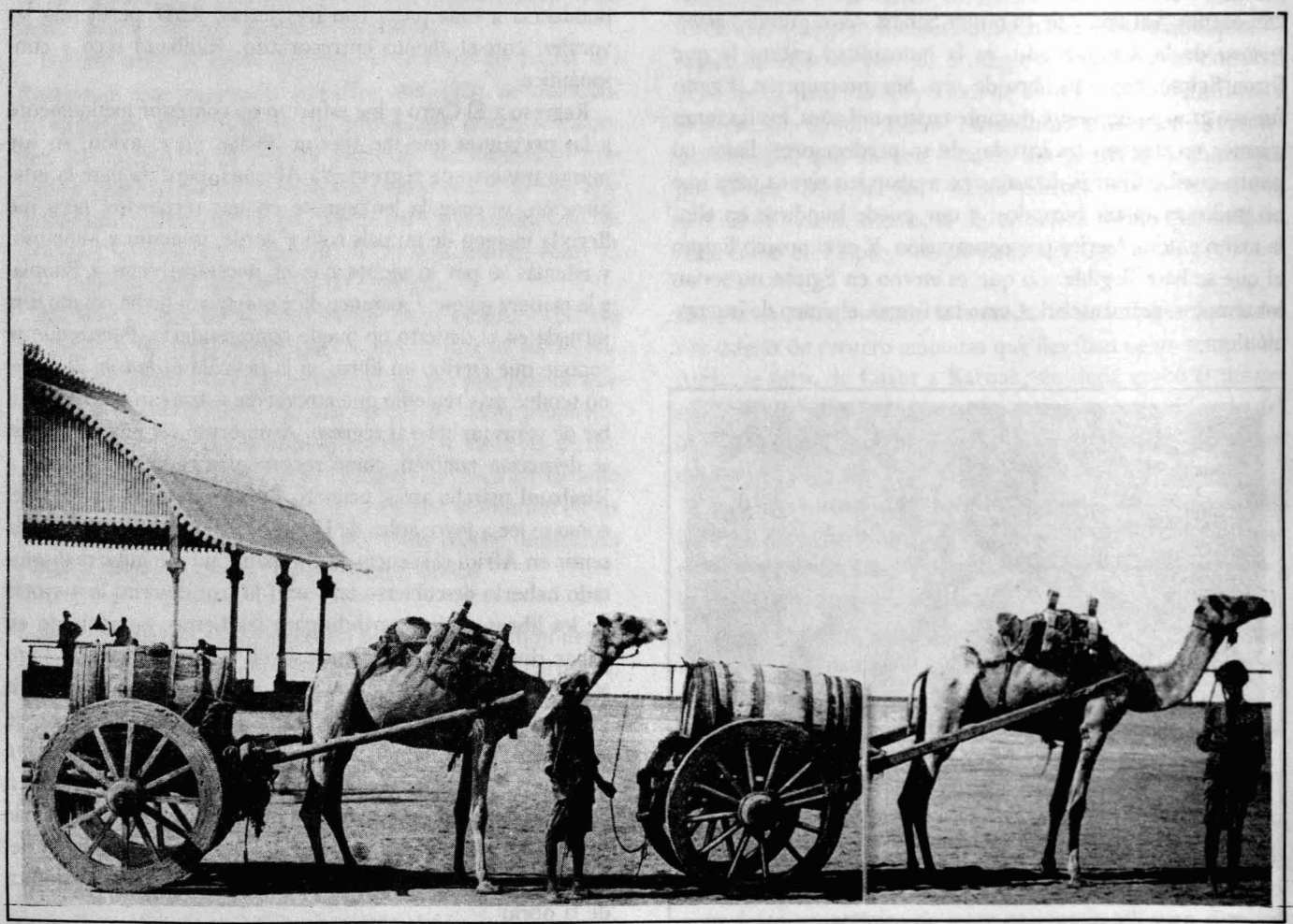
Regreso a El Cairo y me esfuerzo en contestar mentalmente a las preguntas que me fueron hechas en el avión, en ese mismo trayecto de regreso. Ya Abisinia, perdida para la imaginación, se coagula lentamente en mis recuerdos, pero me llevo la imagen de un país rojo y verde, inmenso y luminoso; y además sé por lo menos que es necesario venir a Etiopía, a la manera en que Lawrence dice que quien no ha pasado una jornada en el desierto no puede comprenderlo. Puesto que se supone que escribo un libro, en la película *El ladrón de fuego,* no tendré más remedio que atreverme a aceptar el reto, escribir de veras un libro al regreso. Asombroso ver cómo las ideas se desplazan también, cómo recorren su camino. He leído a Rimbaud marcha atrás, primero Etiopía, después Charleville, como se lee a Joyce antes de Homero. Al principio, me parecía sentir en África el silencio de Rimbaud: no me hubiera disgustado haberlo descubierto tal como lo han descrito la mayoría de los libros, cínico, perdido para las Letras, encarnizado en ganar dinero, traficando incluso en lo que se quiera. Pero se me mostró después que su vida, lejos de "dañar la obra" la ilumina, como si hubiera realizado los sueños del poeta de siete años "presintiendo violentamente la vela", del vidente que quería "el desierto calizo", como si hubiera cumplido, en la fuga y el olvido, en la aventura purificadora, las profecías de *Una temporada en el infierno;* por eso los largos rayos rojos del horizonte abisinio permitían de rebote una lectura analógica de la obra:

Allá ni una esperanza,
Ni *orietur* alguno.
Ciencia con paciencia,
Suplicio seguro.

Era también distinguir dos tiempos, dos movimientos. Pero volviendo a encontrar, fuera del tiempo en Harar, la realidad que él conoció comprendiendo que fue vivida en la misma relación con el mundo que manifestaba su poesía, el sentimiento de la unidad de su destino se imponía, a través de constantes, por deslizamientos progresivos: siempre en marcha, nunca verdaderamente hacia lo real, en el movimiento de lo imposible. Así, el *reposo*, no el dinero, tan buscado a través de las "fatigas inimaginables", es algo en lo que Rimbaud no piensa a partir de 1880, sino desde los 16 años, en 1870, en su tercera carta conocida, digna de una carta de África: "Estoy desorientado, enfermo, furioso, estúpido, derribado. Esperaba baños de sol, paseos infinitos, reposo, viajes, aventuras, bohemiadas (...) libros (...) ¡Nada! ¡Nada!"

La marcha por las nieves noruegas muy arriba hacia el norte, en 1877, o a través de los "desiertos calizos" de África, los 30 mil kilómetros de Rimbaud y la multiplicidad inaudita de sus proyectos toman entonces el sentido de una búsqueda de "la única cosa", como para el Hiperión de Hölderlin, de una perfección situada más allá y remitida al final de los tiempos: Rimbaud no es un escritor, sino uno que pasó por la escritura, como por tantas otras experiencias, buscando en todas las direcciones la única cosa, o sea, pesando sus palabras: "urgido de encontrar el lugar y la fórmula" de la única cosa, lo informulable donde tendría acceso a "la libertad en la salvación". Regreso con la convicción de que no cambió de objeto, ni buscó "en lo real" lo que no había logrado encontrar en la poesía ni la "otra cosa", sino que la poesía era ya, y tal vez más que todo, una figura de "lo Imposible".

Volamos sobre Minieh. Empiezo a adormecerme. Una frase de *Lo Imposible* me vuelve entonces, gracias a esa obsesión que hace pasar a la vida cotidiana las citas de Rimbaud, que intenta incorporarlas: "–Pero me doy cuenta de que mi espíritu duerme. Si estuviera siempre bien despierto a partir de este momento, pronto estaríamos en la verdad..." Y en el avión me sucede lo que le sucedió a Paul Claudel apoyado en un pilar de Notre-Dame: tengo mi "noche" de revelación. ¡Doy un vuelco! Sí, eso es lo esencial, sobre eso escribiré un libro al regreso, ese "partir siempre de este momento" –la fatalidad de estar "desde siempre, para siempre jamás" encerrado en el cuerpo y el error, arrebatado en el tiempo y el espacio; la imposibilidad de *estar antes* de este momento *siempre ya* demasiado tarde del pensamiento, de remontar al origen, de entrar en el estado "primitivo" de "hijo del Sol", en "la Edad de oro" en el "festín antiguo". La añoranza de *Mañana ["Matin"]*: "¿No tuve *una vez* una juventud amable, heroica, fabulosa, como para escribirla sobre hojas de oro –¡demasiada suerte!"; esa nostalgia de los orígenes, la pureza, Rimbaud la experimentaba en la pasión del sol, su gusto del primer momento, el "Alba", "las



Adén

tres de la mañana, (...) esa hora indecible, primera de la mañana", es el impulso de todas las partidas. ¡"Si estuviera bien despierto..."! en vano protesta contra esa fatalidad del ser. El vagabundeo y la marcha son el castigo de esa imposibilidad esencial, una liberación desesperada. Al mismo tiempo, Rimbaud vive sus viajes como hazañas (la travesía del Gothard, tal cabalgata en Harar, "6 días a la ida, 5 a la vuelta") y la mayoría de sus poemas (el *Barco ebrio, Alba:* ¡desposarse con el alba de verano!) dicen la hazaña: jamás satisfecho, en el afán permanente de los proyectos como en las hipérboles de sus escritos, pide siempre más, hasta lo imposible. Entonces, denigrador de todo ídolo hasta liberarse *de antemano* del que podrían hacer de él, Rimbaud se lanza hacia adelante, se proyecta y se destruye en ese impulso, se va –diría Goethe– "más allá de las tumbas, ¡y adelante!"

Al guardar su último "cargador", el camarógrafo me había dicho, cuando nos separamos: "has hablado 10 kilómetros". Hoy las palabras se miden por la longitud. Diez kilómetros de palabras. Algunas palabras en 10 mil kilómetros. Tal vez se necesitarían tantas palabras como leguas recorrió Rimbaud para alcanzarlo y para callarse. Para llegar a la evidencia, a esa verdad primera, expresada por Claudel: "el místico en estado silvestre" –y por Jacques Rivière: "el monstruo de pureza", si se acepta extender esta fórmula perfecta a toda la vida de Rimbaud, de no entenderla en el sentido estricto del integrismo católico: "la gracia de nacer sin pecado original" no es

Una gumbi galla. Fotografía de Jules Borelli

más que una forma de la comprensión de esa inocencia. Al comienzo del viaje, tenía un cuaderno de notas ligero y, a fuerza de palabras-kilómetros, mi maleta aumenta su peso con un proyecto de libro, y regreso a mi vez con convicciones. Sin embargo, en el transcurso de tantas escalas, tal vez no he hecho más que reforzar en el espacio una imagen interior. ¿Me he equivocado? Los rimbaudianos son como los egiptólogos: nunca se encuentra a dos de la misma opinión. "Nunca conocerás bien a Arthur Rimbaud", proclamaba André Breton, que en esa ocasión hubiera debido decir "yo".

Me parece, ahora, que he leído todos los libros, recorrido la mayoría de los trayectos de Rimbaud, y su misterio me aparece entero, más detallado sin duda y más profundo. Deslizarse sobre las cosas es lo propio del viaje. Pero el encuentro con lo esencial, experimentado en Etiopía y en Egipto, esa verdad no es referible. Otros vendrán después, más numerosos –que tampoco la dirán... La respuesta, dice Blanchot, sería "la desdicha de la pregunta". Pero la pregunta permanece, se agranda incluso con todas sus respuestas. Por eso piensa uno en estas palabras con las que termina la "carta océano" de Apollinaire: "Nunca conocerás bien a los mayas."

Llegamos a El Cairo, otros aviones salen hacia todos los rincones del mundo. Todas las hipótesis son reversibles, pero el viaje continúa. El viaje fue mi verdad, una forma perfecta de felicidad. Entonces poco me importan mis pocas ideas avanzadas, e incluso daría toda la pimienta de Etiopía por haberme equivocado completamente y porque Rimbaud haya vivido, exactamente, lo que refería en *Vidas III, Iluminaciones:* "en una magnífica morada cercada por el Oriente entero, cumplí mi inmensa obra y pasé mi ilustre retiro."

Los días han pasado lentamente, como barcos cargados de frutas. Llueve en Atenas: es Europa. En Roma, atezado por el sol etiope, llevo todavía la *djellabah* comprada en un pueblo, detrás de las pirámides. Griega o romana, nuestra civilización está bajo la misma nube. Regreso como andando hacia atrás, no puedo desprender mis pensamientos del allá lejano, irreal, donde, en este mismo momento, brilla el sol. Hay que saber terminar un sueño. El viaje rimbaudiano es también el regreso al punto de partida –pero en el sentido nietzscheano, en una espiral que lleva a Rimbaud al punto de no-regreso. "Llegada desde siempre, te irás a todas partes."

El avión se hunde en una especie de fieltro, de donde surgen los dos cedros de Roissy. El frío que coagula, según dicen, los sentimientos e inspira la retención casi me da gusto. "Reanudemos los caminos de aquí..." La nostalgia de los grandes espacios me ahoga la garganta. En el taxi, ante el ruido de los limpiaparabrisas, me vuelve de pronto la imagen de los ogadines inmóviles al sol, invisibles entre la tierra y las piedras. Un águila planea sobre Harar... La camilla de Rimbaud sale de la ciudad, escoltada por los camellos, acompañada hasta el árbol de los adioses de Kombulcha por su servidor Djami. Una camilla cubierta con una cortina de cuero, reconstituida fielmente, bella como el féretro pintado de Malevitoh. ¿A qué edad hay que empezar a pintar el propio féretro? Rimbaud, que esperaba regresar pronto, había dibujado él mismo esa extraña

camilla de campaña que lo llevaba a un viaje del que no regresaría. "¡Sí, desde hace mucho además, más hubiera valido la muerte!" "Contenemos nuestra muerte como el fruto su hueso", escribía Rilke, que murió a consecuencia de un pinchazo de rosa. Rimbaud libra solo su último combate. Con la cortina corrida sobre su camilla, sin oír más que el aliento de los cargadores y los pasos que corren sobre la tierra seca, lleva un cuaderno de apuntes durante su último viaje. "Llegada a Degadallal..." "Pantano en Egon..." "Levantado de Ballaua..." "Tormenta (...) en Geldessey..."; "Llegada, quedado, levantado, acampado, partido, levantados, levantados, levantados, pasado, llegada..." Conmovedor "carnet de condenado", el *Itinerario de Harar a Warambat* escrito en la tumba, viaje de la vida hacia la muerte, registra las trepidaciones de la camilla que está a cada instante a punto de zozobrar, el enloquecimiento del tiempo cuando desfilan las horas de angustia, travesías de esperas infinitas, "16 horas [sin] víveres ni tienda (...) bajo una piel abisinia", "16 horas a descubierto bajo la lluvia", "30 horas de ayuno completo" –como si la suma de las horas de partida y de llegada, de las privaciones y de las tormentas, los cuatro *táleros* de multa y los ocho hombres salidos en busca de los camellos, hubieran de ser el colmo de sus desdichas. Nunca comentadas, esas cuatro páginas escritas con lápiz pálido, arrancadas de un cuadernillo húmedo y arrugado, podrían figurar en la obra como el límite absoluto donde el más alto grado de sufrimiento y de realidad regresa a lo imaginario; Rimbaud no estuvo nunca tan alejado de la poesía como en esos 11 fragmentos escritos mientras avanzaba, que repiten la partida y la llegada, el desencadenamiento de los elementos ("Vientos furiosos toda la noche"), la realidad del drama ("La camilla está ya medio dislocada y la gente completamente rendida"), hasta tal punto que ese itinerario de la muerte toma fuerza y la forma de una "Iluminación", conduce a un país de nombres desconocidos, Kombavoren, Alto-Egon, y de personajes irreales, Mouned-Souyn... el desdichado trata en vano de "montar en mula, con la pierna enferma atada al cuello", pero tiene que volver enseguida a su camilla; y en la noche, le escribirá a Isabelle, lo depositaban para que cavara un agujero con sus propias manos al lado de la camilla –"lograba difícilmente ponerme de lado para hacer mis necesidades sobre ese agujero que llenaba de tierra". En la mañana Rimbaud grita a sus cargadores que aceleren el paso; cuando éstos, jadeantes, lo echan al suelo a la llegada, les impone unos *táleros* de multa: Rimbaud gruñe todavía, pero esta vez con el gruñido de la agonía.

Un guerrero abisinio con su hijo

Y, al imaginar a través del parabrisas del taxi el desierto de lavas en el que se adentra la camilla y su cortejo, pensaba que el entierro de Rimbaud no fue esa carroza de primera clase, seis meses más tarde en Charleville, bajo la lluvia, seguida estrictamente por la madre y la hermana, los "queridos amigos", "la suerte del hijo de familia, ataúd prematuro cubierto de límpidas lágrimas", sino esa camilla que se aleja en dirección del mar Rojo, transportada durante 15 días por 16 indígenas a paso de carga a través de 300 kilómetros de desierto somalí hasta el puerto de Zeilah que le había abierto África 11 años antes; ese convoy impetuoso, seguido de los camellos que se lanzan al galope atraídos de muy lejos por el olor del mar, constituye los verdaderos funerales de Arthur Rimbaud, unos funerales a su medida en el desierto árido, como esos "féretros bajo sus doseles de noche que yerguen los penachos de ébano, deslizándose al trote de las grandes yeguas azules y negras"; una carrera última e ilimitada sobre la tierra, la fuga de la muerte y el paso precipitado hacia ella, una cabalgata en la luz; una nueva imagen de partida, a toda velocidad, hacia el reposo inaccesible y tan buscado, hacia el este, con dirección a Adén donde quería ser enterrado, hacia "el mar mezclado al sol, la eternidad"; exequias prolongadas en el vagabundeo y la libertad, en el desierto que no quería ni podía abandonar, en la gran pradera sin más allá donde él se veía "vivir mucho tiempo todavía, siempre tal vez"; –que esa camilla trepidante, arca de alianza llevada aquí a su punto de incandescencia, litera real caduca con un muerto aullante, que se lleva para siempre sus secretos para nuestros sueños, que esa caravana se lleva a Rimbaud, sin que lo sepa, "en el afecto y el provenir"; ¡Rimbaud! Un solo Rimbaud, pero dos veces grande: grande por la poesía y grande por el silencio.◊